

## COMILLAS Y MARTINO: EL P. EUTIMIO MARTINO: PROFESOR DE HUMANIDADES EN COMILLAS

J. M<sup>a</sup> ALONSO RICO

### RESUMEN

Pretendo recoger mis recuerdos de aquellos años y entre ellos la huella que dejó en mí el P. Martino por su modo de enseñar y por el contenido de sus enseñanzas. Fue un maestro que hizo vivir para nosotros y con nosotros todas las posibilidades de la lengua sobre el marco de los grandes maestros clásicos que conocía muy bien.

### ABSTRACT

It is my intention to record my memories of those years, and among these memories the mark that Father Martino left in me through his teachings. He was a master that brought to life, with us and for us, all the possibilities of language in the framework of the classical masters that he knew so well.

Se me pide una semblanza del P. Martino como profesor de Retórica y Humanidades. El agradecimiento por la entrega y cercanía que nos demostró siempre el P. Martino me impide declinar tal invitación. Sin embargo, para explicar olvidos e imprecisiones en su evocación, permítaseme subrayar lo lejano que nos queda ya su magisterio, por el tiempo real transcurrido y por el plus de lejanía que añaden tantos cambios sobrevenidos fuera y dentro de nosotros. En este corto espacio de nuestros años, el mundo ha cambiado más que antes en siglos. Muchos de nosotros, como el P. Martino, vimos arar los campos con el arado romano (*“paterna rura bobus exercet suis”*). O vimos a las mujeres de nuestros pueblos lavar la ropa en el río como lo hace Nausica con sus criadas en el hermoso pasaje de la Odisea que leíamos con el P. Martino. Desde esta cultura del tractor y el electrodoméstico, esas son ya imágenes de un mundo antiguo, *“prisca gens mortalium”*, que decía también Horacio.

Pues, niños de aquel antiguo mundo, en años todavía oscuros y difíciles de posguerra, concluyendo el mes de Septiembre y la década de los cuarenta, coincidí con mis compañeros de curso en los umbrales de la Universidad de Comillas para iniciar los estudios en el Seminario. Eran tres grandes edificios, La Universidad, el más hermoso, de ladrillo rojo y estilo modernista, El Seminario Menor, donde ingresábamos nosotros, y el Máximo, colegio mayor de los estudiantes jesuitas. Los tres alineados en la cima suave y alargada de una colina cuya ladera norte descendía hasta el mar y la ladera sur hasta la villa hermosa y señorial de Comillas, bordeada por dos joyas

del modernismo catalán, el palacio del Marqués diseñado por Domenech y Montaner, arquitecto también de la Universidad, y el Capricho de Gaudí.

La Universidad de Comillas, con poco más de cincuenta años de existencia, gozaba de un alto prestigio en la iglesia española, una de las razones que movería a nuestros padres a desgajarnos, a pesar de nuestros pocos años, de la familia, la escuela, los amigos y los lugares de nuestra infancia y a dejarnos en aquel frío caserón de altos techos y largos corredores, que llamaban “tránsitos”, huérfanos de aquella voz que había guiado hasta entonces nuestros pasos.

La Institución docente “Comillas” comprendía tres facultades universitarias - Filosofía, Teología y Derecho Canónico - y el ciclo de Humanidades, que se dividía en dos secciones de tres cursos cada una: Gramática y Retórica. En el diseño de la carrera eclesiástica esta sucesión en el tiempo implicaba una subordinación jerárquica, de la filosofía a la teología (“*ancilla theologiae*”) y del ciclo de Humanidades a los estudios superiores.

Sin embargo, lo que nosotros constatamos fue que entre el estudio de las Humanidades en el Menor y el de la Filosofía en la Universidad se producía un corte radical, como si los profesores de ambas disciplinas se ignorasen. Nunca trabajamos en Filosofía con los textos originales de Aristóteles ni tampoco de Platón, a pesar de haber traducido alguno de sus diálogos en Retórica. Supongo que porque el tratamiento de estos autores en Filosofía nos llegaba través de los cauces escolásticos medievales anteriores al humanismo renacentista.

La organización de los estudios en el Seminario Menor respondía fielmente a los planteamientos de la “*Ratio Studiorum*” de La Compañía de Jesús del año 1599. Esta constitución, fiel al espíritu del humanismo, apostaba por el estudio de los clásicos griegos y latinos como portadores de sentimientos y actitudes humanas de valor universal. La fidelidad a aquel modelo de nuestro seminario se manifestaba en la distribución curricular y en la misma nomenclatura, con la que enseguida nos familiarizamos: tres cursos de “Gramática” (“Infima”: 1º, “Media”: 2º y Suprema: 3º) un cuarto curso de “Humanidades” y dos de “Retórica”.

Los métodos didácticos de los jesuitas se basaban, en primer lugar, en la disciplina del trabajo. Desde la primera semana de estancia en el centro nos encontramos enrollados en una estricta distribución de nuestro tiempo (la “*partitio témporis*”): estudio-clase, recreo, estudio-clase,... la comida al final de la mañana, descanso y de nuevo, estudio-clase. Eran además métodos activos. El trabajo diario terminaba con dos horas de lo que se llamaba “composición”, realización de los ejercicios programados en las clases: redacciones, prácticas de traducción inversa... siempre realizados en los respectivos cuadernos, que se recogían al final para su corrección por el profesor y que nos llegaban puntualmente corregidos a su tiempo.

Y llegamos aquí al factor humano del sistema, el profesorado. El mayor peso de la labor docente recaía sobre jesuitas jóvenes que habían interrumpido su larga carrera de formación, antes de estudiar teología, para trabajar en los colegios de la compañía. Se les llamaba “maestrillos”, impropriamente, porque para nosotros algunos de ellos, como el P. Martino, fueron verdaderos maestros en el más elevado sentido del término.

Concluíamos los años de Gramática con un nivel aceptable en el uso correcto de nuestra propia lengua, un dominio elemental de las estructuras gramaticales del latín y el griego y entrenados en la traducción con la ayuda de las oportunas antologías escolares. Nos esperaba, en los cursos siguientes la tarea de adquirir un estilo propio en el manejo de nuestra lengua y familiarizarnos con los grandes autores de la literatura clásica.

Pocos años antes (cursos 43-46) había enseñado en Comillas el P. Alonso Schökel. Su método en la enseñanza de la redacción y el estilo a los alumnos de Humanidades dejó

profunda huella en el centro y cristalizó en un libro muy estimado "*La Formación del Estilo*", que ha conocido numerosas ediciones. Siguiendo las pautas de su método, trabajamos nosotros nuestro propio estilo en el cuarto curso de Humanidades bajo la dirección del P. Iglesias, otro de los maestrillos que recordamos con admiración. Al terminar el magisterio en Comillas, iría a estudiar Teología a Alemania junto con el P. Martino.

Desde cuarto y en los dos cursos de Retórica nuestra familiarización con los autores clásicos fue en progresión constante, paralela a nuestra progresiva fluidez en la traducción. Contábamos con ediciones de la "Biblioteca comillensis". Desfilaban por nuestros pupitres los discursos de Cicerón, La Eneida y las églogas de Virgilio, textos de la Metamorfosis de Ovidio, las odas de Horacio... De la literatura griega los discursos de Demóstenes (las Filípicas, el Pro corona), La Anábasis de Jenofonte, Los Diálogos de los Muertos de Luciano de Samosata, la Apología de Sócrates, Edipo Rey, el primer canto de la Ilíada... A veces el contacto con estas obras era un tanto superficial, la introducción, las notas aclaratorias y poco más. En general fue más completo el estudio de la oratoria clásica, por nuestra mayor sensibilidad al debate. Tradujimos y comentamos el Edipo Rey con el P. Domingo Mayor, verdadero experto en la tragedia griega, pero, aunque le sobraba erudición, le faltaba sintonía con sus alumnos para motivar nuestro interés. Algo muy distinto de lo que nos sucedería con el P. Martino.

Fue en estos dos cursos de Retórica, en una asignatura que se llamaba "Poética" donde nos encontramos con el P. Martino. La huella de su magisterio en nosotros ha sido profunda y fecunda. No fue un profesor de retórica al uso. No pretendió teorizar, inventariar o ejercitarnos en los recursos retóricos clásicos, sacados de su contexto, sino que pretendía ayudarnos a sintonizar con el creador literario, a empaparnos de su emoción estética, a disfrutar y gozar su obra.

Todos los que pasamos por sus clases, recordamos con admiración las lecturas que hicimos con él de las obras de Homero. No era un comentario distanciado, de retórico profesional que fríamente secciona y analiza, sino un comentario intenso, apasionado, ya que así es por temperamento del P. Martino, apasionado y tenaz. Como he oído comentar a otro discípulo, Miguel Díez, "enseñaba literatura como no se acostumbra a enseñar: contagiando".

Lo recuerdo siempre de pie sobre la tarima del profesor, concentrado, desarrollando pausadamente sus ideas. A veces se interrumpía, como sorprendiendo un nuevo hallazgo al hilo de lo que venía exponiendo. Nosotros, llevados por su discurso, guardábamos silencio, un silencio receptivo y expectante. Era como si el P. Martino estuviera actuando de "médium" entre Homero y nosotros.

En otros momentos su magisterio se hacía marcadamente socrático, suscitando nuestra participación o promoviendo el debate sobre distintas cuestiones formales o de contenido. Era una manera de integrarnos más activamente en los procesos de la creación literaria, de afinar nuestro criterio, de enseñarnos a dialogar constructivamente. Recuerdo a este respecto el apasionado debate que suscitó la comparación entre los dos personajes clásicos de La Ilíada: Héctor y Aquiles. Defendíamos unos nuestra opción por Héctor, el guerrero patriota que lucha por su pueblo, a quien la maravillosa despedida de Andrómaca inmortaliza como amante esposo y padre tierno. Otros, su opción por Aquiles, el héroe mítico por su valor y su fuerza, cuya cólera alimentada por su pundonor crea la Ilíada ("canta, oh musa, la cólera de Aquiles") y cuya amistad por Patroclo marcaría su final.

Más humanista que retórico, el P. Martino nos enseñó a valorar la poesía homérica como expresión del alma del pueblo griego, de sus ideales, de sus valores, de sus costumbres. Aunque el tema de la Ilíada fuese la guerra, las hazañas y la fama de los héroes, el arte de luchar, porque

de él dependía la supervivencia de los pueblos y la civilización helénica; y el tema de la Odisea fueron los viajes de los hombres de aquellos países abiertos al mar, sus peligros, las leyendas y las fantasías asociadas a las regiones desconocidas; sin embargo el P. Martino nos hacía ver cómo toda la variedad y riqueza de la vida griega sus usos y costumbres, sus trabajos, sus creencias, los hombres y mujeres de toda la escala social se colaron en sus versos. Y cómo en las mismas comparaciones homéricas, el referente imaginario adquiriría muchas veces el desarrollo de un pequeño cuadro costumbrista de los trabajos del campo o las tareas del hogar.

Exponente de este amor combinado a los clásicos y a la naturaleza es un hermoso libro del P. Martino, "*La Vida del Campo*" con espléndidas traducciones de los autores clásicos y también con poemas de autores españoles. Esta veta humanista del P. Martino, su interés por el hombre y su medio natural, la tierra, el paisaje es una constante en su trayectoria intelectual, que explica su opción posterior por los trabajos de campo, buscando las relaciones entre los hechos históricos y su marco geográfico o las huellas que esos hechos históricos nos han dejado en la geografía y en la toponimia.

Subrayar esta dimensión humanista de su magisterio no implica, por supuesto, relativizar su saber y dominio de la Retórica. Un saber y un dominio que acreditaría su brillante tesis doctoral, "*La metáfora en Aristóteles*", publicada en la editorial Gredos.

Se ha dicho que, en línea con los ideales de la *Ratio Studiorum*, los estudios de Humanidades conocieron en aquellos años de Comillas un verdadero Siglo de Oro. Lo cierto para nosotros es que, en aquel marco académico, la figura del P. Martino destacó como un brillante Maestro de Retórica, admirado y querido, que nos ayudó a conocer y valorar el humanismo clásico. Y si de verdad fue aquella una época aurea para las Humanidades, se trató de un último resplandor. El cambio de paradigma al que aludíamos al comienzo ha supuesto la liquidación de los Estudios de Humanidades en los planes de educación.

Pero las huellas de los grandes profesores permanecen y se encienden al contacto con los estímulos apropiados. Visitando las ruinas clásicas de Grecia y de la Magna Grecia, con otro compañero de entonces, Ignacio Marcos, comentábamos cómo el poso de aquel magisterio de P. Martino agrandaba nuestra emoción y nuestra capacidad de disfrute estético frente a las preciosas reliquias de aquella brillante civilización.

Transcendiendo la clase y su labor estrictamente académica el P. Martino fue siempre para nosotros una persona cercana y un guía y un orientador en materia literaria y en otros temas culturales. Poeta notable, animó y aconsejó a aquellos compañeros tocados por este don de la inspiración poética. Ellos, mejor que yo, podrán testimoniarlo.